

Tribuna abierta

Análisis de los resultados electorales en Estados Unidos

Juan Díez Nicolás

Las elecciones presidenciales norteamericanas constituyen desde hace varias décadas, y muy especialmente desde la elección de John F. Kennedy en 1960, un tema de enorme interés político no sólo para los ciudadanos norteamericanos, sino también para todo el mundo, y singularmente para el mundo occidental. La «mundialización» de los problemas en la actualidad ha conducido a una situación en que, sin ningún tipo de duda, la decisión que los norteamericanos tomen al elegir su presidente, nos

afecta a todos. No es por ello extraño que algunos comentaristas y expertos en ciencia política hayan comenzado a pedir, medio en broma, medio en serio, que los ciudadanos de otros países occidentales tuviéramos también la posibilidad de participar en tan importante decisión. Pero, dejando esas divagaciones de política-ficción, y limitándonos a los resultados ya firmes que se conocen, son varias las consecuencias que se pueden extraer de la reelección de Reagan.

En primer término, hay que destacar la importancia de la reelección en sí misma. En efecto, la experiencia electoral en países occidentales en estos últimos años de crisis económica internacional había llevado a algunos expertos y comentaristas a deducir ciertas conclusiones que hoy ya no es posible seguir defendiendo. Así, se decía, en épocas de abundancia y desarrollo económico, cuando las cosas van bien, los electores prefieren confirmar en el poder a los Gobiernos, para no arriesgarse a que, al cambiar, las cosas dejen de ir bien; en consecuencia, quien convocaba elecciones desde el poder tenía cierta ventaja inicial para ser elegido. Pero, según esa línea de argumentación, cuando las cosas van mal, cuando existe una crisis económica como la que padece el mundo occidental desde 1973, los electores responsabilizan de la situación a los gobernantes, y eso explicaría que la oposición generalmente gane las elecciones, pues se trataría de dar el poder a otros para que intenten arreglar la situación. De esta forma, pues y siguiendo siempre esa argumentación, las elecciones no las ganaba o perdía la izquierda o la derecha, las perdía el poder y las ganaba la oposición.

Los hechos, sin embargo, no parecen respaldar esa teoría. En efecto, la mayoritaria reelección de Margaret Thatcher en Inglaterra, y la masiva y aplastante reelección de Reagan en USA, ponen cuanto menos en cuestión esa línea de argumentación, pues se ha dado la confianza al poder a pesar de la crisis.

La segunda conclusión importante es la que se deriva de las cifras en sí misma. La victoria de Reagan no ha sido una victoria por estrecho margen, como suelen ser las victorias en las elecciones norteamericanas. Lograr 525 de los 538 electores es un récord que, como se ha recor-

dado, sólo fue superado por Roosevelt en 1936, quien logró 530 electores. Pero la victoria no es sólo una victoria por el número de electores, sino también por votos individuales (el llamado voto popular). En efecto, la victoria de Reagan sobre Mondale, basada en que el primero ha logrado más del 60 por ciento de los votos, es un hecho igualmente atípico en las elecciones norteamericanas. Por tanto, no es una victoria «sobrealvalorada» por el peculiar sistema electoral mayoritario de las elecciones norteamericanas. Es una victoria abrumadora basada en el voto «popular».

La tercera consecuencia tiene que ver con la ideología que encarna el presidente reelecto, Ronald Reagan, una ideología liberal-conservadora, o si se quiere, de derecha moderna y progresista. Es cierto que no son muchas ni muy importantes las ideas que diferencian a los republicanos de los demócratas, pero haberlas «hailas», como las «meigas». De manera muy general se puede decir que los republicanos defienden una menor actividad del Estado, y una mayor potenciación y revitalización de la sociedad, y por tanto, de las llamadas instituciones u organizaciones intermedias. Parece que, en esa vieja relación dialéctica entre la sociedad y el Estado, que en su tiempo hizo las delicias de Lorenz Von Stein, el pueblo norteamericano parece haberse inclinado por la opción «más sociedad y menos Estado» que defiende Reagan. Con su programa electoral claro y sin concesiones apelando a sentimientos tradicionales, aunque adaptados a la nueva sociedad, sin eludir ni siquiera la toma de posiciones en cuestiones tan «tonchy» (comprometidas) en la vida política norteamericana como lo es la religión, Reagan ha logrado el respaldo incluso de las minorías tan importantes como la negra y la hispana.

Es evidente que la elección de Reagan no es el triunfo de una persona, como tampoco lo fue el de la Thatcher. No puede ya argumentarse que cuando ganan unos es por la persona y cuando ganan otros es por la ideología. Todo forma parte de una elección: líder, el partido, el programa, la campaña electoral, etc... pero, cuando se compara la reelección de Reagan y antes de la Thatcher, con lo que le está sucediendo al Gobierno socialista francés, uno no puede sino pensar que hay otros elementos aparte de la «imagen» de Reagan y Thatcher.

Mucho se ha especulado sobre los «creadores de imagen» en estos últimos años, aunque, generalmente, quienes tanto confían en esas «campañas capaces de vender un presidente: como si fuese un electrodoméstico» suelen saber bastante poco de esas técnicas. Ciertamente es que las campañas de imagen, la publicidad, los análisis sociológicos, etc., contribuyen mucho en una campaña electoral, pero sin menospreciar al propio candidato y a su programa electoral. La opinión pública, en todo el mundo occidental, es cada vez más ilustrada, y por tanto resulta más difícil engañarla «regalando globos los jueves».

En resumen, la reelección de Reagan demuestra sin paliativos de ninguna clase que el pueblo norteamericano respalda masivamente su gestión en el mandato anterior, y le da un amplio margen de confianza para otros cuatro años. Y ese respaldo no es sólo a Reagan, es también a un programa de Gobierno.

Esperemos que algunos nos descubran que ahora se vuelven a ganar las elecciones desde el poder. Para quienes estén pensando en esa explicación, sólo cabe esperar a las elecciones francesas de 1986, y a algunas otras que por esa época se pueden producir en otros países europeos.